

la estepa florecida

Paula Novoa



poesía

Tu voz, padre,

nunca me mintió.

Una vez te pregunté si morirías,
corrí a tu cama después de un sueño.

Sí, voy a morir,

dijiste.

Así supe que los padres mueren.

Desde ese día

hago el duelo.

Ayer planté los gajos

que trajo mi padre.

Hoy llovió,

como el bautismo

a un Edipo

no resuelto.

No lavaré con lluvia
los restos
del cadáver
que abandoné
al escuchar el canto
de sirenas roncadas.
Cada tanto lo visito
y me reclama
un epitafio
que nunca llego a escribir.

Querías sacar el almendro
para construir nuestra casa.

Hoy,

escribo bajo su sombra.

Todos estuvimos en un laberinto alguna vez,
matamos a un minotauro
y seguimos el hilo de Ariadna para salir.
Todos alguna vez versionamos nuestro propio mito.

No sé si los grillos traen buena o mala suerte,
pero uno se posó sobre mi hombro
y cargué sobre él toda mi fe.

Te hubiese invitado a vivir conmigo

desde la primera vez que te vi.

Cuando limpio mi casa imagino

que es porque vas a llegar

y tomaremos mate,

charlaremos de otros,

leeremos poemas

y tendremos sexo en el sillón.

Pero eso no pasará

porque te quiero para siempre.

No pisé el mar,
ni me metí en un lago,
ni la arena quemó las plantas de mis pies.
Este verano no visité el barrio chino,
ni recorrí kilómetros para verte.
No junté caracoles en un pañuelo,
ni me pelé la nariz con el sol.
Este verano las piletas se vaciaron
como se vacía a un perro
para embalsamarlo
y dejarlo de adorno.
Ahí,
donde la tristeza
hace un hueco en mi ventana.

Flores a mis muertos

Aunque no lleve flores a mis muertos,
intento recordar sus voces,
la textura de sus pieles,
busco los olores
que dejaron en mis cosas.
Olvidé en dónde están sus huesos,
qué parte de mí tocó sus carnes.
No sé quiénes habitan hoy sus casas.
Aunque no lleve flores a mis muertos,
hago rituales cotidianos,
como brotar gajos
en una lata de duraznos
y esperar.

Un fruto como la magdalena

Tomé un fruto,
padre,
lo acerqué a mi boca
y tu memoria se acuñó
en mi memoria.

Tomé un fruto,
padre,
y su dulzor
me llevó a tu infancia.

Ahí,
en tu casa,
me senté a la mesa junto a tus hermanos,
probé el alimento de tu madre muerta,
y volví para ser tu hija.

La ceremonia

En la cama de un hospital,
un hombre pide su último cigarrillo;
yo, que nunca fumé,
se lo prendo y se lo llevo a la boca.
Juntos hacemos la ceremonia de la muerte.
Él no era mi padre,
sin embargo,
me enseñó que la belleza muerde
y que a cambio pide la cordura.

Hierbacarmen

El aroma a cedrón
trae el fantasma de Carmen.
Ella ponía hojitas en el mate
y olvidaba a los hijos muertos,
la vergüenza de la carne,
la soledad elegida por desconfianza.
Cuando mi abuela arrancaba una hoja de cedrón
con un movimiento,
siempre el mismo,
ordenaba el mundo en ese gesto.
El sol volvía a ser sol,
el agua era de nuevo agua,
el cielo era cielo y ella
era justo ese momento
con su nombre.

Odisea

Dos mil flores al crochet
tiene el vestido de novia de mi madre.

Nunca las conté, pero le creo.

Con los hilos
que otros apartan por las noches,
ella, durante el día, teje todos mis abrigos.

Mi madre
es una Penélope que nada aguarda,
sólo una hebra en sus manos
al amanecer
para continuar.

Cementerio de animales

Debajo del nogal está
el cementerio de animales.

Dos niñas construyen
lápidas y coronas.

En un banquito
frente a las tumbas
rezan.

Ahí, aprenden
que la materia perece
y rezan.

Con las manitos juntas
y los ojos cerrados
rezan.

¿Esto es la muerte?
preguntan.

Sí, la muerte:
decenas de pequeñas tumbas al pie del nogal
y una plegaria.

La novia de Morrison

Si hubiese conocido a Morrison
habría sido una de sus novias.
Nada me enamora más
que las tormentas humanas
y un cadáver joven y bello
a quien visitar cada domingo
cuando no sé qué hacer con mi propia vida.

Promesas

Tuve un amor en una isla
y, como a todos,
le prometí eternidad
¿quién soportaría
conocer la medida del amor
cuando comienza?
¿acaso sabe de su muerte
esta mariposa?

Cristalización

Sierpień significa agosto en polaco.

Repito

sierpień

sierpień

sierpień

como quien desea regresar

al comienzo de un amor.

Ahora *sierpień*

es la palabra para decir:

Éste

es el comienzo.

Decir *sierpień*

y que no continúe.

Que se detenga ahí

en agosto

para siempre.

en la orilla

sólo las sobras

hundido ya

lo que fue

Es otoño

Me senté frente al otoño

amor

quise escribir la lluvia

de las hojas

el frío entre mis manos

el olor a leña.

Quise escribir las nueces

las castañas

los cítricos en hilera.

Quise escribir lo que cae

amor.

El rojo roble al fondo

de la calle

tu etimología

acaso.

Quise escribir lo que cae

amor.

Quise escribir la caída.

dibujé

tu nombre

y la niebla

entró

por mi ventana

Breve amor

Una noche

olvidé

el hueco

el laberinto

la sombra de la mora

la fruta en el asfalto

el basural

la cicatriz que loide

el musgo en la vereda.

Fue un rato

nada más

y fue tan hermoso.

Al despertar

vi el gris

la llovizna

una paloma en un poste.

En un espejo

mi cuerpo desnudo en casa ajena.

Me fui sin despedirme.

Lo amé para siempre.

Septiembre

Fue en el malecón
mientras escuchaba *No doubt*
desde el asiento de un Chevrolet 48
que intuí
la circularidad de la trama.
Había atravesado 6553 km
para amar a un hombre
que no conocía.
Desde entonces
todas las historias
que habité
fueron catástrofes
y cuando barro las ruinas
tarareo
“Don’t speak”.

Sierpień

Soy un verano polaco

de 25°

porque nadie

elige nacer

ni dónde

pero puedo acaso ser verano

en Polonia

acaso

lluvia

acaso

agosto.

Encierro

Dentro intentamos el refugio
y una rutina mentirosa nos ordena.

Afuera llueve
amor.

Los pájaros cantan su canción de fuego.

La niebla se cuela en este tajo.

Hay humedad en el patio.

La ropa está en la soga todavía.

Ya es noche

sin embargo

no dormimos.

Nomine

Un búho te indaga

y luego

escapa

en vuelo suave.

Su canto nocturno

te entristece.

Querés imaginar

augurios de bondades,

su pecho blanquecino

sus secretos.

Ave de la luna

de la oscuridad y del silencio

siempre escapaste

como Lilith al Mar Rojo.

Quizá

también

los búhos te acompañen.

Quizá

también

tu nombre sea noche.

Consumismo

Una mariposa monarca
nos recuerda la belleza.

Ella vuela
mientras nosotros
compramos en línea
objetos inútiles.

No sabemos siquiera
llenar el vacío.

No habrá ninguno igual, no habrá ninguno

Hoy murió el último hombre

al que mi amiga amó.

Dicen que tenía en el pecho un paraíso.

Dicen que amaba a otras mujeres.

Dicen

también

que era buen tipo.

Mi amiga no es la viuda de nadie

pero cuando escuche Cranberries

volverá a amarlo

una última vez.

Otra última vez.

Navidad

El día después de nochebuena
se vuelven a ver las cicatrices.
Tendría que encapotarse
llover.
Los niños
callados en el barrio.
Pero hay sol
bicicletas nuevas recorren las calles
se oye el chapoteo desde una pileta.
El día después de nochebuena
habría que descansar
bajo los efectos del alcohol
del exceso de comida.
Nadie debería morir.
Afuera es navidad
sin embargo
la casa está en silencio
y acá estamos nosotros.

Verano

El calor me transforma
en un monstruo herido
al que nadie quiere acercarse.
Existe una angustia
que puedo sanar
con la lluvia
y
(quién sabe)
tu presencia.
Quisiera recordar
si fue siempre así.
Tal vez
de niña odiaba el verano
y ya era este monstruo herido
que me habita cuando no estás.



Paula Novoa nació en San Antonio de Padua en marzo de 1976. Es Lic. en Lengua y Literatura. Dio clases en la Universidad Nacional de La Matanza y en la Universidad Nacional del Oeste, actualmente es profesora en escuelas secundarias de Trujui, partido de Moreno. Publicó cinco poemarios, el último es *Sierpień* (Cave Librum, 2023). Algunos de sus poemas fueron compartidos en distintas antologías y blogs. Coordinó talleres literarios en la Sociedad de Fomento Cortejarena (La Reja, Moreno) y escuelas de la provincia de Buenos Aires.

